

EL REY SIN EPITAFIO

José Manuel Gómez Vega

«Chico de Madrid» murió a consecuencia de su última cacería, en la que si no pudo cazar ratas, como nunca falló, cazó un tifus; el tifus que lo llevó a los cazadores eternos, donde es difícil que entren los que no sean como él, buenos; como él, pobres, y como él, de alma incorruptible.

—Ignacio Aldecoa, *Chico de Madrid*

La mejor manera de evitar a los perros vagabundos es guiñar un ojo y caminar a la pata coja, mientras que para sorprender a una rata conviene quedarse muy quieto con las manos a la espalda. Bichi había desarrollado todo tipo de estrategias para sobrevivir en su mundo, a las orillas del río Enguri, aguas debajo de la presa de Yvari. Lo sabía todo sobre sus súbditos: mariposas, lagartijas, tordos, gatos tiñosos... y, por supuesto, sobre sus enemigos: las ratas, las únicas que se atrevían a importunarlo mientras dormía en una tubería de hormigón abandonada.

Entre las ciudades de Gali en Abjasia y Zugdidi en Georgia, encontraba lo suficiente para calmar el hambre, generalmente mendrugos y peladuras de patatas. En cierta ocasión encontró una moneda de 50 kopeks. ¡Qué bueno estaba el chocolate que pudo comprar! Desde entonces camina con la cabeza gacha, no sea que ronde otra moneda con aquel curioso personaje que, como él, atravesaba una gran lagartija con un palo. Su madre le explicó que era un santo, aunque ya no recuerda el nombre, ni del santo ni del de su madre.

Sí recuerda que su madre le contó que eran georgianos y que su padre no regresó de una guerra. Vivieron como refugiados en unas tiendas de campaña hasta que ella amaneció un día muy fría. Bichi odia tocar el mármol porque le recuerda a aquella frialdad. Todavía no sabe adónde fue, aunque hace ya años que sospecha que, como su padre, nunca volverá. Por aquel tiempo fue cuando pasó a ser conocido como Bichi, que es a lo que suena «chico» en georgiano, aunque su madre lo llamaba Davit. Los primeros meses se dormía todas las noches llorando de hambre. Cuando rondaba los ocho años y sobrevivía con comida ajena, las palizas eran algo consustancial a la vida, y quizá por eso ya no lloraba. Un día abandonó el refugio y encontró lo que pensó era un paraíso, a la orilla de aquella corriente de agua turbia.

Bichi era un autodidacta desharrapado y tristón, se había aficionado a las colillas y ya sabía que en torno a los cuarteles tiraban los ranchos a medias. Su mayor orgullo era su puntería, y siempre se probaba... contra los gorriones, las lagartijas y, sobre todo, contra las

ratas, sus enemigos. Se pasaba el día recorriendo sus dominios, abandonados por los mayores porque señalaban una frontera que de algún modo estaba relacionada con la desaparición de su madre, aunque no alcanzaba a ligar los detalles.

Bichi tenía ordenanzas para casi todo, y entre las más estrictas estaba la de no apedrear a los mirlos, porque sus cánticos eran lo más precioso de su reino. Cuando sentía una sensación fría que le salía de los riñones, y que podía ser miedo, soledad o tristeza (aunque él no sabía distinguirlas), silbaba como los mirlos, y tan bien llegó a imitarlos que a veces acudían a curiosear, intrigados. Hasta diez llegó a contar en cierta ocasión, y pudiesen haber sido más si hubiese dispuesto de más dedos. A su manera, llegó a creerse feliz, tumbado sobre la yerba oyendo el croar de las ranas, rascándose las familiares picaduras de piojos e imaginando que las estrellas de aquellas noches de verano eran luciérnagas gordas y lejanas que, algún día, cuando terminase de crecer, podría alcanzar de una pedrada.

Si me hubiese visto madre cómo le arreaba en el hocico a aquella rata gorda se hubiese sentido orgullosa, pensaba. Sin embargo, le preocupaba descubrir que le costaba recordar su voz, y hasta los rasgos de su cara parecían difuminarse con el paso de las estaciones. Por eso, cuando se despertaba por las mañanas, lo primero que hacía era traer a la mente el rostro de su madre. Un día encontró una foto en una revista abandonada que estaba seguro era de ella. La recortó con cuidado y la guardó en uno de los bolsillos del enorme abrigo militar en el que se

metía para dormir. Ahora ya no necesita recurrir a la memoria olvidadiza, le basta con extraer el recorte del periódico.

Esa tarde había decidido investigar la fábrica abandonada, imaginando que aquel debía de ser el cuartel general de sus enemigos. Llevaba los bolsillos llenos de piedras, del tamaño preciso y redondeadas, porque iba dispuesto a acabar con los males de su reino. Pero entre aquellas ruinas oxidadas de olores extraños no había ser alguno, ni siquiera cucarachas. Esa noche apenas si pudo dormir. La frente le ardía y respiraba con dificultades. Murió a la misma hora en la que los murciélagos se retiran.

Davit nunca tendrá un epitafio, porque sus verdaderos enemigos nunca lo encontrarán.